

Ventajas del general Díaz cerca de Puebla y á inmediaciones de Oaxaca.
Incorporación de su hermano D. Félix.

1866

El general Díaz, una vez que se le incorporó Visoso, volvió á Tlapa, y de allí se dirigió al Estado de Puebla, con el fin de proteger el pronunciamiento de los habitantes de San Juan Itscaquixtla, que de antemano había preparado. Al efectuar tal expedición, refiere el general un incidente que tomamos de sus apuntes. Dice:

«Mientras se efectuaba el pronunciamiento, el general Trujeque, que se encontraba al servicio del enemigo en el rancho de Tacache, punto estratégico para observarme y observar á Itscaquixtla y Silacayoapan, pueblos muy sospechosos para los imperialistas, me mandó en comisión al capitán don Enrique Travesí, que era ayudante suyo y hermano de D. Manuel Travesí, mi secretario particular, ofreciéndome ponerse al servicio del Gobierno con toda su fuerza. Me daba como garantía la vida de D. Enrique Travesí, que quedaría en rehenes con los míos mientras yo pasaba á tener una conferencia con él en el rancho de Tacache, á donde me citaba.

»Como la situación comenzaba á declinar para los imperialistas, y yo conocía el carácter de Trujeque, no me pareció inverosímil su cambio y salí para Tacache, acompañado de un ayudante.

»Al salir de Xochihuetlán, donde me hallaba, quedaron muy alarmados todos mis subordinados de que emprendiera solo esa marcha, sin escolta que me diera seguridad, y convinieron en que me seguiría á cierta distancia, para que yo no me apercebiera de ello, el teniente coronel don Marcos Bravo, con cien caballos de lo mejor que teníamos. Pasé la avanzada de Trujeque, sin novedad; dicha avanzada era un puesto nada más de vigilancia, formado por cinco hombres desmontados.

»Al llegar al rancho de Tacache, y en los momentos de bajar del caballo á la puerta del jacal donde estaba alojado Trujeque, hicieron fuego, de otro que había al lado opuesto de la pequeña plaza, sobre mí y mi ayudante, hiriendo ligeramente el caballo de éste. Salimos á todo escape por donde habíamos entrado, forzando la avanzada y seguidos por gente de á caballo á corta distancia.

»Cuando corríamos de ese modo mi ayudante y yo, por las colinas, vi fuerza de caballería que al parecer salía á cortarnos la retirada. A poco reconocí que esa fuerza pertenecía á los míos, y entonces me incorporé á ella y retrocedió la de Trujeque.

»Acto continuo me escribió el citado Trujeque, explicándome que todo lo que había pasado

fué porque me reconoció algún oficial de los que no estaban de acuerdo con él, y yo quedé en duda de la verdad de lo ocurrido, porque pensé que si hubiera habido algún plan preconcebido, bastaba que me hubieran dejado echar pie á tierra para que hubieran sido dueños de mí y del ayudante que me acompañaba.»

Sea como haya sido, el general se salvó en aquella ocasión de ser asesinado, y sin tomar más en cuenta lo sucedido, en los primeros días de Junio se movió con objeto de atacar por sorpresa á fuerzas considerables que estaban en Chiautla, lo cual no pudo tener efecto porque en la madrugada, y cuando á las inmediaciones del lugar se hacían los preparativos, se salió un tiro á un soldado de sus tropas, y creyéndose descubiertos algunos hombres de ellas, hicieron fuego, con lo cual el enemigo, que era considerable y estaba bien posicionado, se puso en condiciones de resistir. Así es que, fracasado el proyecto de atacarle por sorpresa, se emprendió la contramarcha.

En esa época, como antes hemos dicho, no faltaban hombres al general; pero en carta que dirigía á la legación mexicana en Wáshington, expresa por qué se limitaba el reclutamiento de ellos, en estos términos:

«El principal inconveniente que tengo para contar con la fuerza que yo quisiera, es la falta de recursos: todos los pueblos me llaman, y me ofrecen las armas que les ha dado el Imperio, pero prefiero tener una fuerza reducida á tenerla numerosa sin haber alguno. Con dinero, tendría facilidad de extender mi línea de operaciones y llegar á lugares donde hay traidores ricos, que son quienes deben pagar los gastos de la guerra. Mi presupuesto es tan económico, que el soldado recibe doce centavos diarios, y á veces menos; en cuanto á los jefes y oficiales, sirven sin recibir sueldo. Se podría juzgar que debería yo exigir préstamos á los pueblos, pero no creo que ésta sea la marcha que debo seguir. No quiero extorsionarlos, y menos cuando son nuestros fieles aliados, llamados á servirnos grandemente en su oportunidad.»

Se ve la razón con que decía esto el general Díaz, pues hablando más adelante de los sucesos de la fuerza del general Pérez Figueroa, á quien mantenía independiente, haciendo la guerra en la sierra de Tuxtepec, expresa lo siguiente:

«El hecho más notable de estos días de Julio, es la derrota que Figueroa logró sobre una columna austriaca, que por la sierra se dirigía á la costa de sotavento.

»En Soyaltepec, lugar de la acción, fueron recogidos noventa y tres cadáveres de austriacos; en todo el camino por donde aquéllos fueron perseguidos, de allí al plan de Tehuacán, quedaron muchos muertos, cuyo número no puede precisarse dada la espesura del monte, y porque los perseguidores no eran realmente soldados de Figueroa, sino los pueblos, que apoyados por los primeros, tomaban sucesivamente puntos ventajosos en el camino, en los cuales hacían mal al enemigo; y los menos resueltos, desocuparon sus casas y les aplicaron fuego, para negar por ese modo á nuestros contrarios toda clase de recursos. En esta conducta heroica han sobresalido los pueblos de Soyaltepec, Ixcatlán y Ojitlán.»

Para el mes de Agosto, el general en jefe del cuerpo de ejército de Oriente había generalizado las operaciones en su línea. En comunicación que dirige al ministro de Guerra, le da cuenta del pronunciamiento de Visoso, del resultado del que se efectuó en el pueblo de San Juan, y de una amplia combinación que verificaba con las fuerzas de su mando y de la cual habían de surgir acontecimientos de grande importancia en la lucha que sostenía.

La comunicación aludida es como sigue:

«República Mexicana. Línea de Oriente. General en jefe.

»Ciudadano Ministro: Aprovechando el estado de distracción en que actualmente se encuentra el ejército invasor, por las operaciones de las fuerzas republicanas en el interior del país, he dis-



GENERAL D. LUIS PÉREZ FIGUEROA

puesto hacer un movimiento general con los pequeños elementos de guerra con que cuento en los Estados de México, Puebla, Oaxaca, Tlaxcala y Chiapas, y han comenzado mis planes á realizarse con buen éxito hasta ahora. El día 10 del corriente Agosto, el coronel D. Jesús M. Visoso sublevó doscientos infantes de la guarnición de Chiautla y derrotó con ellos el resto de la guarnición que mandaba el traidor Gavito, incorporándoseme en seguida con su fuerza, un obús de montaña y ochenta y seis fusiles sobrantes. El 13 del mismo mes nos hallábamos frente á Chiautla, cuya plaza había

sido reocupada por el enemigo, reforzado con la guarnición austriaca de Matamoros. En ese día creí que el enemigo aceptaba el combate que mi presencia le ofreciera; pero no hizo más que salir y ver mis fuerzas, sin dejar el apoyo de la plaza fortificada, y volver hacia sus trincheras.

»En tal situación, recibí aviso de que el teniente coronel D. Ignacio Sánchez Gamboa, á la cabeza del pueblo de Itscaquixtla, había batido al traidor Granados Maldonado, prefecto de Tepeji, haciéndole siete muertos y veintiséis prisioneros, quitándole treinta fusiles y dispersándole la mayor parte de la fuerza, de la cual se pasaron á nuestras filas, durante el combate, veintiocho jinetes. Embarazado Sánchez Gamboa por su pequeño botín, y perseguido de cerca por fuerzas procedentes de Tepeaca y Puebla, demandaba mi protección para incorporármese. En tal virtud, mandé al ciudadano general D. Francisco Leyva, gobernador del tercer distrito de México, con 70 caballos, para reunir las partidas republicanas que se hallaban en su distrito, organizar y armar á la parte de aquel vecindario que se hallase dispuesta á defender la Independencia, y establecer, donde fuera posible, las autoridades republicanas; y con el resto de la fuerza que está á mis inmediatas órdenes, marché hasta lograr que se me reuniera con la suya el expresado ciudadano teniente coronel Sánchez Gamboa.

»Mientras esto pasa aquí, el ciudadano general D. Luis Pérez Figueroa ha debido amagar vigorosamente la plaza de Tehuacán por la parte del Norte; el comandante de batallón, ciudadano don Felipe Cruz, á la cabeza de ciento cincuenta montañeses de las Mixtecas, ha debido ocupar el mineral de Peras el día 12; en la misma fecha, el ciudadano coronel D. Manuel López y Orozco ha hecho su marcha agresiva de Jamiltepec á Zola; la guarnición de Juchitán debe haberse trasladado á Tequisistlán, para cortar el camino entre Tehuantepec y Oaxaca. Espero el resultado de todas esas operaciones, que deben haberse ejecutado simultáneamente, y me aprovecharé del conflicto del enemigo para extender mi radio de acción por este lado y adquirir algunos recursos para mantener á mis soldados, lo cual servirá también para poder ir á desafiar al enemigo, que se halla en Puebla, por medio de marchas cerca de aquella ciudad. Si, como me prometo con fundamento, sale á perseguirme, lo alejaré de su centro cuanto sea posible y lo batiré sólo en caso de estar seguro del buen resultado; pues no es ese por hoy mi principal objeto, sino poner en acción los elementos con que cuento en la parte Norte del Estado de Puebla, en Tlaxcala y aun en la misma ciudad de Puebla, en donde ya comienza á agitarse el espíritu de la insurrección. Próximamente tendré el gusto de poner en conocimiento de usted el resultado de todas estas operaciones, en las cuales no he dado participio á las fuerzas de Chiapas, Tabasco y Veracruz, porque las primeras deben estar en los límites de Oaxaca en observación sobre Tehuantepec, las del general García sobre Tlacotalpam y las segundas deben conservarse siempre en guardia contra los agresores de Yucatán.

»Patria y libertad. Tlapa, 20 de Agosto de 1866.—(firmado) PORFIRIO DÍAZ.—Ciudadano Ministro de la Guerra. Chihuahua.»

A virtud del feliz pronunciamiento llevado á cabo en San Juan Itscaquixtla, Trujeque se vió en el caso de abandonar su lugar de observación en Tacache y se concentró en Huajuapam de León, uniéndose á la guarnición austriaca que allí existía.

El general Díaz se aventuró hacia Tepeji de las Sedas, y favorecido con algunos recursos de particulares, y sabedor por correspondencias interceptadas de que los imperialistas estaban abatidos en la capital de Oaxaca, con motivo de sus operaciones, se propuso activarlas, ejecutándolas más á fondo, después, hacia aquel Estado.

Dice hablando sobre esto:

«Estando en Tepeji, las guarniciones imperialistas de Tehuacán, Huajuapam de León, Tepeaca y Acajete se movían simultáneamente, dando á conocer el propósito de encerrarme en aquella población.

»La fuerza de Huajuapam era la más seria, y la dejé avanzar hasta Santa Inés. Cuando ella se puso en marcha de Santa Inés para Tepeji, y las otras estaban ya muy inmediatas, tomé la dirección por el pueblo de Atexcal, y en una marcha forzada por Chazumba, y por toda la barranca de ese nombre, fuí á salir cerca de Huajuapam de León, sin haber tocado camino nacional ni vecinal.

»Como mi arribo á Huajuapam era inesperado, encontré *en sabana* toda la caballada de Trujeque, que estaba en dicho punto; y como su excusa por el acontecimiento de Tacache me había parecido obvia, dije á sus remonteros que se retiraran con los caballos para el pueblo y que dijeran á Trujeque que le esperaba yo afuera. Le dirigí un recado escrito, en que le prevenía que ensillara y saliera á incorporármese. Procedía así porque, á más de la de Trujeque, había fuerza austriaca de infantería, que ocupaba las alturas de Huajuapam.

»Estaba yo tan cerca de la ciudad, que á poco de haber entrado la caballada, oí tocar *botasillas* y me parecía que Trujeque iba á cumplir mis órdenes, pues lo vi salir. Avancé con cierta cautela á encontrarle, y en esos momentos rompió sus fuegos sobre mi fuerza, obligándome á atacarle, y á hacerle volver á las calles de la ciudad, hasta donde yo no podía penetrar, porque me lo impedían los fuegos de los infantes que coronaban los edificios.

»Permanecí dos días frente á aquel lugar, y cuando calculé que ya era tiempo para que regresara la columna enemiga que debía haber llegado hasta Tepeji, y que estuvieran cerca de mí las otras de distinta procedencia que también me buscaban, me retiré por la montaña, rumbo á Tlaxiaco, á donde llegué.

»La noticia de mi presencia en Tlaxiaco alarmó mucho á la guarnición de Oaxaca, y salió en mi persecución el general Oronoz, que era el jefe de aquella zona militar, con mil quinientos hombres de las tres armas. No estando yo en condiciones de batir á semejante fuerza, me dirigí á Chalcatongo, donde tal vez hubiera podido resistir, protegido por las condiciones del terreno y ayudado por los indios de la montaña, que todos eran patriotas celosos.

»Después de algunos días de permanecer el enemigo en Tlaxiaco y yo en Chalcatongo, con mucha escasez por mi parte de víveres y forrajes, así como de municiones de guerra, pues llovía mucho y no era posible secar la pólvora que podíamos elaborar, empezaron á desmoralizarse mis soldados y á desertar en partidas. La inacción obligada del momento, la falta de alimentos, y las lluvias que calaban las carnes de aquella gente sin abrigos, abatieron su ánimo hasta el extremo que llevo dicho. Como quiera que hubiese sido, á mí, de pronto, me convenía mantenerme en aquellas ventajosas posiciones y salvar de cualquier modo las demás dificultades.»

El general Díaz esperaba por momentos noticias de su hermano el coronel D. Félix, que debía hallarse al lado opuesto que él ocupaba respecto de la ciudad de Oaxaca; pues el citado D. Félix, después de que D. Porfirio había sido hecho prisionero por Bazaine, habíase incorporado en la costa veracruzana al general D. Alejandro García, con la fuerza que le quedaba; la había dejado á su servicio, y por Estados Unidos fué á presentarse con el señor Juárez, habiendo concurrido á la toma de Chihuahua, donde el gobierno general se estableciera; pero al tener conocimiento de que D. Porfirio se hallaba libre y en campaña, corrió á unírsele, y haciendo una penosa travesía, llegaba al teatro

de operaciones de Oriente, con alguna fuerza que había podido organizar en los pueblos del Estado que á última hora tocaba.

El 14 de Septiembre de 1866 daba al general noticia en Chalcatongo, D. Eugenio Durán, de las fuerzas de su hermano y la situación en que éstas se hallaban.

Efectivamente, la noche del enunciado día visitaba el general sus avanzadas, que cubrían los tres diversos caminos que conducen de Tlaxiaco á Chalcatongo; y cuando advertía con desconsuelo que la principal había desaparecido, y mandaba con sus ayudantes visitar las otras, quedándose con sólo su clarín de órdenes en el camino, oyó de improviso el ruido que hace el andar de un caballo y se puso en observación; luego se apercibió de una conversación de gente que avanzaba.

Así explica en sus apuntes el general los sucesos aquellos:

«Permanecí quieto hasta que tuve dos bultos á la vista, y entonces me adelanté con mi clarín á sorprenderles, resultando que eran un hombre de á caballo y un indio que le servía de guía. El de á caballo era un español llamado D. Eugenio Durán, á quien yo no conocía; y después de alguna conversación que tuvo conmigo, en la que ocultaba el objeto de su presencia en aquellos lugares, cuando se convenció de quién era yo, me entregó unos pequeños pedazos de papel escrito, que traía con la firma de mi hermano, en que me avisaba que, aprovechando el estado de debilidad en que quedó la ciudad de Oaxaca con la salida de Oronoz á perseguirme, la amagaba tan de cerca, que pocos días antes había penetrado por las calles de San Juan de Dios hasta la plaza del Mercado, poniendo en gran alarma á toda la ciudad y obligando á la pequeña guarnición que allí había á meterse detrás de trincheras, lo mismo que á la policía.

«Agregaba Durán, que con motivo de las hostilidades de mi hermano, que seguramente habían llegado á noticia del enemigo que ocupaba á Tlaxiaco, éste se movía violentamente para Oaxaca, y que era probable que, en los momentos que hablaba conmigo, que serían entre tres y cuatro de la mañana, el enemigo estaría saliendo del lugar. Con esta noticia, ya no me cuidé más de los caminos por las avanzadas abandonados; subí violentamente al cuartel general, en compañía de Durán; antes de llegar mandé tocar diana, y en seguida llamada de honor. Acudieron á mi alojamiento con toda prontitud los jefes y oficiales; les leí los papeles que acababa de recibir, les manifesté que el enemigo abandonaba á Tlaxiaco en esos momentos, y mandé dar el primer toque de marcha.

«Ocupé á Tlaxiaco entre diez y once de la mañana, cuando el enemigo acababa de abandonarlo. Conseguí algunos recursos de los comerciantes, y en el mismo día seguí la marcha sobre la huella del enemigo. En la tarde, alcanzamos algunos soldados cansados, y la escolta de un oficial enfermo, á quien conducían en camilla.

«El hecho de haber tomado la iniciativa contra el enemigo, cambió por completo el ánimo de mi fuerza; y con ella, ya moralizada, emprendía mi marcha hasta pasar por cerca de Yanhuitlán, donde había un destacamento de 200 húngaros atrincherados.

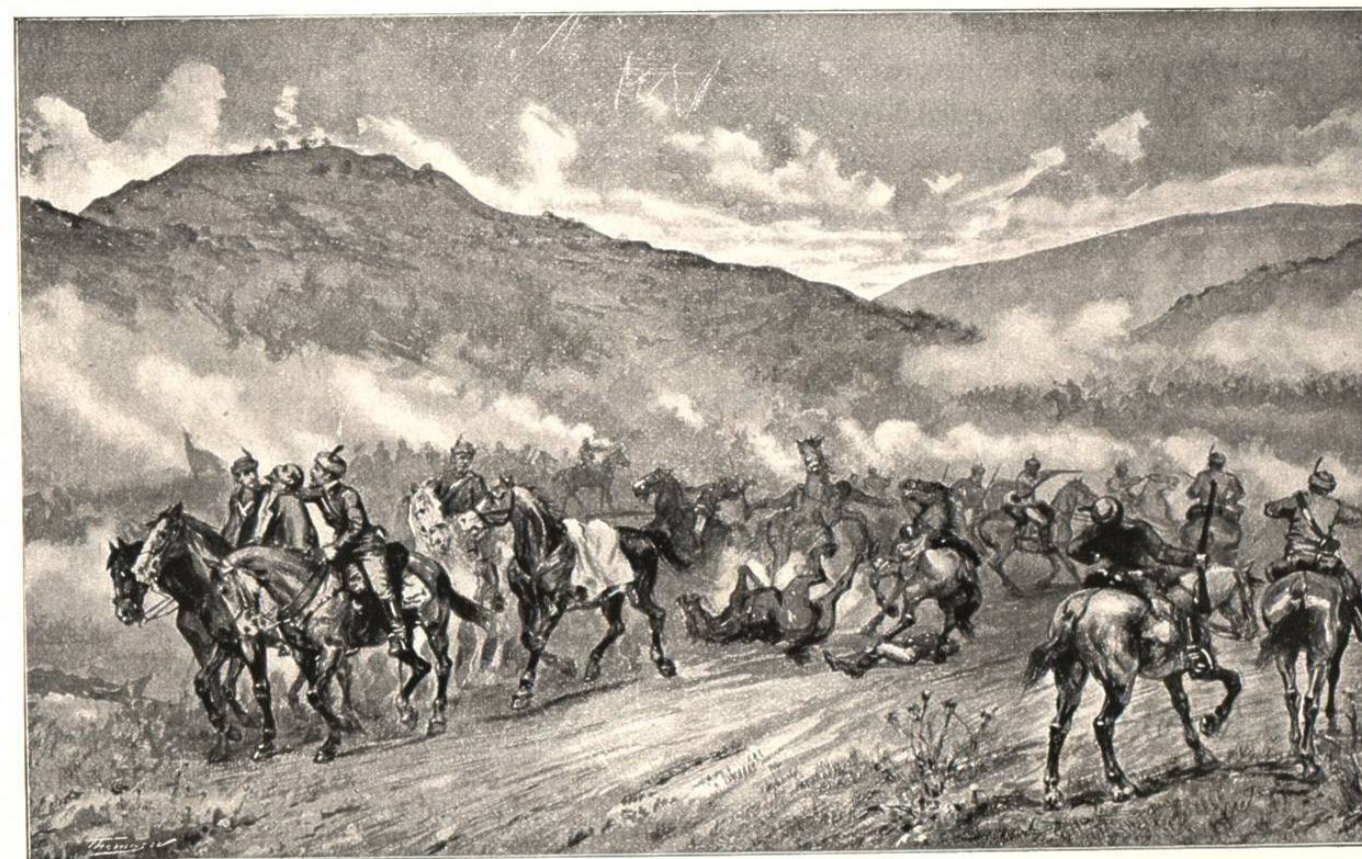
«Oronoz había hecho alto por poco tiempo en Nochistlán, y con este motivo me dirigí al pueblo de las Andallas, en donde encontré á mi hermano, que, haciendo un rodeo, venía procedente de las inmediaciones de Oaxaca, con objeto de incorporármeme con la fuerza que había organizado.

«Oronoz siguió su marcha rápidamente para Oaxaca; y yo, engrosadas mis filas con la fuerza de mi hermano, pernocté en Tecamatlán, pueblo que distará unos 8 ó 10 kilómetros de Nochistlán, hacia el Sur, y al pie de la montaña.

«En la noche, supe que los húngaros acuartelados en Yanhuitlán habían hecho una excursión á

Nochistlán, en número de cien caballos. Calculando que allí podría encontrarles, me dirigí con caballería á aquel lugar, violentamente antes de amanecer, dejando la infantería en Tecamatlán, á las órdenes del coronel D. Manuel González. Me acompañó mi hermano, quien entre sus soldados traía un pequeño piquete de caballería. Llegamos á Nochistlán á los albores de la mañana, y nos avisaron que los húngaros habían permanecido allí pocas horas y habían vuelto á tomar el camino de Yanhuitlán.

«Apenas habíamos avanzado algunos pasos para dicho lugar, cuando vimos formado en una



MUERTE DEL CONDE DE GANTS

loma un escuadrón de húngaros, sobre el que cargamos inmediatamente en dos distintas fracciones, de las cuales yo mandaba la principal y el general D. Vicente Ramos la otra.

«Chocamos con tal escuadrón dos veces, y al fin, en formación táctica emprendió una retirada ejecutada tan hábilmente, que le permitió llegar á Yanhuitlán sin sufrir grandes pérdidas.

«Dejaron los húngaros en el campo de combate muchos hombres y caballos, heridos unos y muertos otros; entre los últimos el jefe del escuadrón, conde de Gants. Este escuadrón tendría cien hombres, y mi fuerza tal vez llegaba á trescientos, pero había gran diferencia entre la disciplina de ambas fuerzas. Por mi parte, sufrí también pérdidas; entre mis heridos estaba el mayor de caballería D. Manuel Bueno.»

Tales fueron las novedades de la noche del 14 y mañana del 15 de Septiembre.

Al estado que indicamos, llegaban las cosas en el Oriente en el segundo tercio de 1866, hasta cuyo momento dimos cuenta anteriormente por lo que respecta á los sucesos generales de la lucha en el resto del territorio mexicano.

Duro y batalloso había sido para el general Díaz el año de campaña sostenida desde que, acompañado de su asistente y un guía, saliera al galope de su caballo por la garita de Puebla, en busca de elementos para combatir, después de haber efectuado aquella fuga legendaria de la prisión donde se le mantenía. Duro y batalloso había sido tal año; los triunfos en él obtenidos, muy caros; las ventajas, muy disputadas; pero al fin de ese período de tiempo le vemos poniendo en alarma á las guarniciones de Puebla y Oaxaca, y en tal conflicto á la de esta última ciudad, que vacila sobre la forma en que debe atacar ó defenderse del caudillo republicano, á cuyo valor en los peligros, la inteligencia en las disposiciones é inquebrantable constancia en toda clase de pruebas, se debía aquella situación que anunciaba otra era. ¡Sí, que ya en mayor escala se iba á sostener la porfiada brèga!; ¡ya otros tiempos venían, debido á la preparación, con tanto afán y con tanto heroísmo llevada á cabo, en el reñido desigual combate de un año entero!

Ocupémonos, pues, de reseñar ya, como anunciamos en el final del capítulo anterior, dado que llegamos ya á la época relativa, los hechos que tan importantes por su trascendencia fueron para el glorioso triunfo de la República.



XXV

Triunfa el general Díaz en Miahuatlán. Establece el sitio de Oaxaca, y lo levanta.

1866

ACABABA de ser derrotado el escuadrón húngaro, á las inmediaciones de Nochistlán, dejando sobre el campo el cadáver de su jefe, el conde de Gants; y el general Díaz, que más que á pequeños destacamentos, tenía que atender á la fuerte guarnición de Oaxaca, la cual se había propuesto mantener en doble jaque, por uno y otro diverso rumbo, con sus relativamente reducidas fuerzas, vuelve al frente del grueso de ellas á Tecamatlán. De allí parte á ejecutar operaciones diversas.

Sigámosle en la relación que, respecto del momento, hace en su Autobiografía:

«Vuelto á mi campamento de Tecamatlán,—dice,—emprendí otra vez la marcha por el rumbo de las Andallas, mandando á mi hermano por la vía más corta á colocarse al Norte de la ciudad de Oaxaca, apoyándose en la sierra de San Felipe del Agua, con orden de amagar de cerca la plaza si el enemigo la debilitaba al lanzar alguna tropa en mi seguimiento, y ofreciéndole que yo haría cosa semejante por el Sur en los casos en que él fuera perseguido.

»En cumplimiento de esa combinación, verifiqué mi marcha hasta Zimatlán. En este pueblo supe que una fuerte columna, mandada por el general Oronoz, salía á encontrarme.

»Evadiendo el choque, me dirigí á Ejutla, y allí permanecí hasta que Oronoz se movió de Zimatlán; entonces ocupé á Miahuatlán. Permaneció el enemigo en el citado Ejutla, y yo en las posiciones que había escogido.»

El general Díaz tomó en cuenta, al acantonarse en Miahuatlán, que estando el pueblo tras un lomerío, al pie de la sierra de Cuixtla, podía aprovechar la situación de las lomas, si se presentaba oportunidad, ó retirarse á tomar posiciones más ventajosas á la sierra, si así lo demandaban el efectivo y la forma con que se acercasen las tropas contrarias.

Tres días quedó en la inacción Oronoz en Ejutla, pero de improviso avanza el día 3 de Octubre de 1866, y de tal manera lo hace, que los exploradores del general republicano llegan á darle cuenta de su aproximación á las tres de la tarde, cuando ya las polvaredas denunciaban la presencia del enemigo frente á Miahuatlán.

Se habían mandado limpiar los fusiles, y algunos se hallaban desarmados.